

La palabra entre dos orillas

Abdul Hadi Sadoun

Queridos amigos, colegas, autoridades de la Facultad de Filología y miembros del jurado:

Recibo este Premio José Gómez Herмосilla con una emoción que difícilmente cabe en una sola lengua. Es una emoción hecha de capas, como las ciudades antiguas, donde cada estrato guarda una memoria distinta. A veces me preguntan por qué dediqué mi vida a la traducción, y siempre siento que la respuesta no es una idea, sino un viaje. Un viaje físico, sí, pero también íntimo, silencioso, lleno de pérdidas y descubrimientos.

Cuando llegué a Madrid en 1993, traía conmigo mucho más que una maleta. Traía el peso de una Bagdad milenaria, el eco de sus calles, la cadencia de su lengua, y también el silencio inevitable de quien cambia de cielo sin poder cambiar de alma. En aquel entonces, la traducción no fue solo un oficio ni una vocación intelectual: fue mi tabla de salvación. Fue la manera de seguir siendo yo mismo en un territorio desconocido, la forma de habitar esta nueva realidad sin traicionar mis raíces. Traducir era tender un hilo invisible entre lo que había sido y lo que estaba por ser.

Con el tiempo entendí que vivir entre dos lenguas no es una fractura, sino una posibilidad. Que esas dos orillas —el Tigris y el Manzanares— no están condenadas a la distancia, sino que pueden dialogar, reconocerse y, finalmente, hablarse de tú a tú. Estar hoy aquí es, en cierto modo, la confirmación de ese diálogo. Es la prueba de que las palabras, cuando se cuidan, saben encontrar su camino.

Quisiera detenerme en algo que considero fundamental en mi trayectoria: mi condición de hijo de la universidad pública. Nada de lo que soy se explica desde la individualidad absoluta. Mi recorrido no es el logro de un hombre aislado, sino el fruto de una institución que me acogió cuando yo era, esencialmente, un extraño. La universidad pública no solo me dio herramientas académicas; me ofreció un lugar en el mundo.

Creo profundamente que la universidad pública es uno de los últimos refugios del pensamiento libre. Es el espacio donde las diferencias no se borran, sino que se convierten en riqueza. Donde el hijo de un obrero y el hijo de un gobernador pueden sentarse frente al mismo texto y descubrir, en igualdad, el poder transformador de la palabra. Defenderla no es una postura ideológica pasajera; es, para mí, una obligación moral. Porque en sus aulas -

Allí en Bagdad como aquí en Madrid - comprendí que la cultura no pertenece a una élite ni a una minoría privilegiada: la cultura es un derecho, una necesidad, casi una forma de respirar.

He tenido también la suerte —o quizá la melancolía— de vivir una transformación profunda en el oficio de traducir. Recuerdo mis primeros años como traductor: eran tiempos de lentitud, de recogimiento. El traductor era una figura casi invisible, rodeado de diccionarios que pesaban como piedras antiguas, trabajando entre papeles, notas y el olor persistente de la tinta. Traducir era un acto de paciencia extrema, casi geológica. Cada palabra se buscaba, se dudaba, se probaba en voz baja antes de asentarse en la página.

Hoy vivimos en una era completamente distinta. La tecnología ha revolucionado nuestro trabajo. Tenemos acceso inmediato a bibliotecas enteras, a herramientas digitales, a algoritmos que prometen traducir en cuestión de segundos lo que antes requería días. No niego el valor de estos avances. Nos han dado velocidad, amplitud, posibilidades antes impensables. Pero también nos han arrebatado algo esencial: el silencio.

Y el silencio es, para el traductor, una herramienta imprescindible. En ese silencio ocurren las decisiones verdaderamente importantes. En ese espacio íntimo es donde una palabra encuentra su lugar exacto o donde una frase respira con naturalidad. El gran reto del traductor contemporáneo no es adaptarse a la velocidad, sino resistirla cuando es necesario. No dejarse deslumbrar por la inmediatez.

Porque la máquina puede traducir el dato, pero no puede traducir la experiencia humana en toda su complejidad. Puede ofrecer equivalencias, pero no matices. Puede construir frases correctas, pero no necesariamente verdaderas. Solo el ser humano puede reconocer la ironía escondida en una línea, el dolor implícito en una pausa, o ese “duende” que habita en ciertos textos y que no se deja capturar por fórmulas.

Ayer buscábamos la palabra en el silencio de los libros; hoy debemos rescatarla del ruido constante de la red. Y en ese rescate está, creo, la vigencia de nuestro oficio. Nuestra labor no ha perdido sentido; al contrario, se ha vuelto más necesaria. Somos el filtro humano que impide que la literatura se convierta en mera información, en un producto rápido y olvidable.

Quise, y sigo queriendo, que un lector español pueda reconocerse en el canto de una mujer árabe, que sienta que su voz no es ajena, sino profundamente humana y compartida. Porque la literatura, en su esencia más pura, no pertenece a un territorio ni a una lengua concreta: pertenece a la experiencia humana.

Del mismo modo, cuando he traducido autores españoles al árabe, no lo he hecho únicamente con una intención académica o profesional. Lo he hecho buscando algo más profundo: la fraternidad. Creo firmemente que cuando dos pueblos leen los mismos poemas, cuando se emocionan con las mismas historias, cuando reconocen en el otro sus propias preguntas, es mucho más difícil que se enfrenten desde la ignorancia o el prejuicio.

La traducción, en ese sentido, es también un acto ético. Es una forma de construir puentes donde antes había distancia. Es una manera de recordar que, a pesar de las diferencias, compartimos una misma condición humana.

Para terminar, quisiera expresar mi agradecimiento más sincero. A esta Facultad, por su generosidad y su compromiso con la cultura. A CIHAR, y su presidente, por su apoyo constante a lo largo de los años. Y, de manera muy especial, a mi familia hispano-iraquí, que ha sido siempre mi refugio y mi brújula. Ellos han sido, y siguen siendo, el diccionario emocional donde encuentro las palabras que no aparecen en ningún libro.

El traductor es, por definición, una figura invisible. Su trabajo consiste en desaparecer para que otros puedan hablar. Pero su huella existe. Está en cada lector que accede a una obra que de otro modo le sería inaccesible. Está en cada momento de comprensión, en cada instante en que una palabra logra cruzar la frontera del idioma y encontrar un hogar en otra lengua.

Mientras me quede tinta —o batería en el ordenador— y aliento, seguiré cruzando estos puentes. Seguiré creyendo, con la misma convicción que al principio, que la palabra es el único territorio donde las fronteras dejan de existir.

Muchas gracias.

Madrid 22/4/2026

Salón de Grados, Facultad de Filología